

—¿Habeis logrado, señor, dijo con su audacia peculiar el infante don Juan, que el buen caballero del Aguila Roja deje de ser mudo?

—No por cierto, mi querido tío, contestó cariñosamente el rey; se me ha explicado muy mal por señas, y se ha mantenido inflexible en cuanto á no romper su voto: me ha dicho, por señas siempre, y sabe Dios cuánto trabajo me ha costado entenderle, que solo por mandato del Santo Padre rompería su silencio; y como yo no soy Papa ni tirano, he tenido que reducirme á quedarme con toda mi curiosidad; pero no tengo duda de la lealtad de este buen caballero: ha sido una buena suerte que habiéndonos cogido el toque de queda fuera de Valladolid, y no queriendo hacernos abrir las puertas por nuestro mandato, para evitar murmuraciones de gente menuda, el que hayamos encontrado cerca el campo de este buen capitán.

—De estos dos buenos capitanes, señor, dijo el infante don Juan, que no cesaba de mirar con insistencia á Zayda Fatima; porque aunque aquí no hay mas que uno, son dos.

—Es verdad, dijo el rey: tambien me ha hecho comprender, aunque con trabajo, por señas este caballero, que el otro anda por ahí fuera rondando, como buen capitán, para seguridad del campo.

—¿Ah! según eso, se teme algún peligro.

—No sé, no sé, contestó el rey; lo que sé, mi buen tío, es que aquí estamos muy bien.

—Como pudiéramos haberlo estado en el campo de don Juan Nuñez, ó en el de don Juan Alfonso de Haro, ó en el del señor de Vizcaya, don Diego.

—Indudablemente, tío, indudablemente; pero ya que estamos aquí, acomodémonos; es ya tarde, tengo sueño, y vos debéis tenerle tambien; mañana muy temprano entraremos en la villa encubiertos. Caballero, llamad á ese servidor que entró antes.

Zayda Fatima tocó de nuevo la bocina, y se presentó otra vez Alfon Gil.

—Aposentad lo mejor que sea posible, le dijo el rey, al señor infante don Juan. Buenas noches, tío.

—Muy buenas noches, señor, contestó el infante con acento concentrado y lanzando una última y profunda mirada á Zayda Fatima.

Después salió, seguido de Alfon Gil.

—¿Qué os ha parecido, doña María? dijo el rey: ¿he disimulado bien?

—En primer lugar, os suplico, señor, no me llameis por mi nombre, porque mis soldados me creen un mancebo y no una mujer, y no sabemos quién escucha: el infante don Juan está receloso: muchos de los soldados que me sirven le han servido á él y los conoce: mucho será que yo no tenga que hacer una justicia.

—¿Ah! ¿justicia delante de mí?

—El capitán tiene jurisdicción y mero mixto imperio sobre sus soldados; de otro modo, ¿cómo se gobernaría á la gente de guerra, toda brava y maleante?

—No pretendo entrometerme en vuestra jurisdicción, caballero, dijo el rey; pero decidme, repito: ¿he disimulado bien?

—No tanto, no tanto como hubiera sido necesario: la lealtad de vuestro corazón se aviene mal con el fingimiento; habia algo de trémulo y de enojado en vuestra voz: no importa; eso, cuando mas, puede haber sido una sombra de sospecha para el se-

ñor infante: voy, si me lo permite vuestra señoría, á llamar otra vez.

—Llamad, llamad en buen hora, caballero, dijo el rey.

VII.

Zayda Fatima hizo sonar de nuevo su bocina.

Por aquella vez, Alfon Gil tardó algo mas en presentarse.

Apareció al fin.

—¿Y el infante? le preguntó Zayda Fatima.

—En la tienda del caballero Sin nombre, contestó Alfon Gil.

—Poned escuchas alrededor de la tienda, dijo Zayda Fatima; que en el momento en que el infante salga de ella avisen con un toque de corneta: id, cumplid bien y volved al momento, tengo que preguntaros.

Alfon Gil, al oír el tono enérgico y aun puede decirse amenazador de las últimas palabras de Zayda Fatima, se puso pálido y tembló de los pies á la cabeza.

Salió.

VIII.

—¿Por qué se ha turbado ese hombre? dijo el rey.

—Porque si no me ha hecho traicion, ha pensado por lo menos en hacérmela, dijo Zayda Fatima; lo he leído en sus ojos: el infante ha estado hablando con él desde que se separó de vuestra señoría.

—¿Ah! ¿es posible? dijo el rey.

—Como es posible que yo haga con ese hombre un escarmiento.

—Y hareis bien, dijo el rey: á los traidores no se les puede, no se les debe perdonar; se les castiga á sangre. ¿Pero puede haceros traicion ninguno de vuestros soldados? ¿No decís que no os conocen sino como un mancebo?

—El infante don Juan sospecha: basta con que le hayan dicho que yo no tengo hecho tal voto de silencio, que tengo los ojos negros y la color morena, negro el cabello, que represento cuando mas veinte años; con esto basta para que el infante don Juan me tienda asechanzas para aclarar una punzante sospecha que debe habersele ocurrido: han podido, además, decirle que al caballero Sin nombre le falta la mano derecha, que es viejo y dominador.

—¿Qué decís! exclamó el rey: ¿al caballero Sin nombre le falta la mano derecha? ¿Sabeis su nombre?

—Sí, y le sabe la reina mi señora, contestó Zayda Fatima; pero la reina mi señora guardará profundamente el secreto como debe guardarle vuestra señoría.

—Le guardaré, le guardaré, dijo el rey.

—Pues bien, señor, desvanézcase todo el misterio: el caballero Sin nombre es el conde don Lope Diaz de Haro, á quien mató vuestro padre.

—¿Cómo! exclamó el rey levantándose: ¿el conde don Lope Diaz de Haro vive?

—Sí, vive.

—¿Luego no ha sido su alma en pena la que se nos presentó á mi tío y á mí junto á la ermita de Nuestra Señora del Carmen, haciendo huir aterrado á don Juan y llevándome consigo á una espesura cercana, donde me dijo cosas terribles? Por él, por él hablaba yo cuando os dije que me habia hablado una voz de la eternidad.

—Pues por voz de la eternidad tenedla, señor, porque nadie sabe el secreto de la existencia del conde don Lope, mas que la reina mi señora, vuestra señoría y yo.

—¿Pero cómo, cómo han podido creer que murió, no habiendo muerto? Si estoy cansado de oír á mi tío cómo sucedió aquello y cómo le rompieron la cabeza á mazadas los ballesteros, y

que se le hicieron luego grandes exéquias, y que se le llevó con gran pompa á sepultar al panteon de los Diaz de Haro.

—Le salvaron sus criados sacándole vivo aún del alcázar de Alfaro, y mataron á un viandante, á quien cortaron la mano derecha y le magullaron la cabeza y le vistieron las ropas de su señor, y le entregaron como si su señor fuese, queriendo con esta traza evitar que, airado vuestro padre, mandase le remataran, si sabia que era vivo.

—Todo esto parece increíble, dijo el rey.

—Pues nada es mas cierto que la existencia del conde don Lope, y quiera Dios que por una traicion de mi alferez Alfon Gil, no sepa el infante don Juan que el conde vive.

IX.

Entró en aquel momento en la tienda Alfon Gil, y permaneció inmóvil á dos pasos de la puerta.

—Acercáos, le dijo Zayda Fatima: ¿qué aconteció há un mes justo despues de la media noche en la Cruz del Camino, junto á la Selva del Abrojo?

La voz de Zayda Fatima era vibrante; la actitud, terrible y amenazadora.

Alfon Gil se arrojó de rodillas á los piés de Zayda Fatima.

—Yo no os he hecho traicion, dijo.

—Pero y bien, bien, preguntó el jóven rey, que estaba escitado por la curiosidad; sepamos qué fué lo que sucedió esa noche junto á esa cruz.

—Lo que sucedió, gran señor, contestó Alfon Gil, fué que dos antiguos compañeros nuestros que se llamaban Ciervo-veloz y Farfan, fueron ahorcados de la cruz por traidores.

—Pues fueron muy bien ahorcados, dijo el rey: lo mejor que se hace con un traidor, es colgarle.

—Pero yo no he hecho traicion á mi capitan, aunque se ha pretendido obligarme á ello.

—¿Lo veis, señor? dijo Zayda Fatima.

—Alzad, dijo el rey, y decid quién ha pretendido obligaros á que hagais traicion á vuestro capitan; os lo mando yo.

—El señor infante don Juan, dijo temblando Alfon Gil.

—¿Y por qué medios queria obligaros?

—Ofreciéndome dinero; pero yo me disculpé con el señor infante diciendo que nada sabia acerca de mi capitan el caballero del Aguila Roja, sino que era muy bravo, que nos pagaba bien y que tenia hecho voto de silencio y de no quitarse el arnés, ni comer á manteles, hasta que no hubiese un solo traidor enemigo del rey y de la reina.

—Gracias, caballero, dijo el rey: y no habiéndos vos vendido por dinero, ¿tentó algun otro medio el infante don Juan?

—Sí señor.

—¿Cuál?

—No me atrevo á decirlo á vuestra señoría, porque vuestra señoría me mandará castigar.

—¿Sabe algo el infante don Juan por lo cual se os deba castigar á sangre?

—Maté á un hombre que me mancilló á una mujer á quien amaba.

—¿Le matásteis con alevosía?

—No señor, le maté frente á frente y con peligro, pero le maté en lugar realengo.

—Sí así fué, yo os doy por quitto, dijo el rey, pero con juramento por vuestra alma de que es verdad lo que habeis dicho.

—Por mi alma lo juro, señor.

—¿Habeis prometido al infante don Juan decirle lo que sabeis acerca de vuestros dos capitanes?

—No señor; pero tenia miedo de que el infante, que sabia lo que he confesado, hiciese me acusasen de ello, y le prometí revelarle lo que sabia, pero en aquel momento me llamó la corneta del capitan.

—Pues bien, dijo el rey; id, decidle cualquier mentira, y te-

ned en cuenta que si por algo se descubre que habeis hecho traicion á vuestros capitanes, yo, el rey, me torno á vos y os mando ahorcar.

—Callaré, callaré, señor.

—Idos.

Alfon Gil salió.

El rey volvió á reclinarse en los almofarces.

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda un monje negro.

Al ver al rey, retrocedió.

—Entrad, entrad, conde don Lope Diaz de Haro, dijo el rey; ya sabemos que no sois un alma en pena.

CAPITULO XVI.

EN QUE EL CONDE DON LOPE DEJA DE SER PARA EL REY UN ALMA EN PENA.

I.

—¿Qué es esto? dijo don Lope con acento severo y adelantando lentamente hácia el rey.

—Esto es, dijo el rey en voz baja y contenida, que la buena doña María de Granada y de Molina no ha querido tener secretos para mí.

—En buen hora, dijo el conde: doña María es prudente y debe haber tenido razon bastante para esta revelacion; pero yo hubiera querido que siempre me hubiera juzgado vuestra señoría un alma en pena; se teme mucho á una voz que se cree salida de la eternidad.

—Nada temais, mi buen tio, dijo el rey; y os llamo tio, y bueno, porque creo que no habeis mentido en lo que me dijísteis como alma en pena allá abajo entre los árboles: que os pesaba en el alma de vuestras antiguas traiciones.

—Nunca alentara yo la soberbia y la ambicion, y otra seria